



Alessandra Ciattini y Carlos Miguel Salazar: *Sincretismos heterogéneos: transformación religiosa en América Latina y el Caribe*. Roma, Calliope, 2013, pp. 232.

Sincretismos heterogéneos es el título de una antología de ensayos sobre el sincretismo religioso en Latinoamérica, hechos por varios investigadores de universidades de América y Europa. Los editores del volumen, Alessandra Ciattini y Carlos Miguel Salazar, presentan los estudios a través de una introducción bilingüe (italiano-español) en la que se vinculan los temas tratados¹.

En esta presentación, la primera y razonable cuestión que ambos consideran oportuno dilucidar es el significado de la *heterogeneidad del sincretismo creyente* que, en este caso, se refiere tanto a la diversidad de factores presentes en las asociaciones del proceso religioso y cultural, como al hecho de que su producto constituye un conjunto organizado de elementos de diferentes orígenes históricos y difícilmente visibles al observador.

Dos ideas en una categoría ampliamente conocida en la crítica literaria y cultural latinoamericana, a partir de una propuesta de Antonio Cornejo Polar, pensada primero para observar el encuentro-desencuentro en las sociedades andinas (1994). Es decir, un punto de arranque y de dialéctica interpretativa que confirma la realidad religiosa concreta e imaginada, como un fenómeno que incorpora variedades culturales a lo indígena, no exento este de ser un patrimonio riquísimo, además de orientado hacia un conjunto de transformaciones, con distintos orígenes históricos que paulatinamente se revelan. En el entorno cultural (y espiritual) de las devociones, es aquel fenómeno que hallándose vigente en su fusión sincrética se representa, objetiva y subjetivamente, el «proceso religioso».

Otro factor importante en la introducción propuesta por los antólogos es el hecho de subrayar que las dinámicas descritas en el libro tienen una «dimensión política que se manifiesta en la adquisición de la conciencia de la propia identidad y del propio papel social». Por esto, se destaca su permanencia a lo largo de los ensayos que no ocultan, sino patentizan una cuestión identitaria fuertemente

¹ Ambos son docentes de *Antropología Religiosa* y de *Lengua y Literatura Hispanoamericana*, respectivamente, en la Facultad de Letras y Filosofía de La Sapienza de Roma.

vinculada a los procesos de transculturación. Esto se evidencia en los trabajos de Ramírez Frías, Ciattini, Zapponi y Tamorri, mientras que en los demás ensayos (Caballero Mariscal y Marín Morales) se aprecian más los rasgos histórico-religiosos y hasta fenomenológicos que prueban la amplitud de las perspectivas de la antología. Asimismo, encontramos estudios más bien etnográficos (Méndez Aguirre) que se alternan con perspectivas de dimensión histórica (Fornell Muñoz y Arroyo Aguilar).

Debido a razones de espacio, quisiera concentrarme principalmente en los trabajos que matizan el peso social que asume el sincretismo y que tienen lugar en la geografía social de los Andes. Me refiero a los ensayos de Carlos Miguel Salazar y José Luis González Martínez; el primero hace un examen del culto de la *Pachamama*, mientras que el segundo valora las causas en las que se basan las cofradías de afrodescendientes nacidas en el tiempo colonial.

Salazar pone en claro la naturaleza de la divinidad andina de la «Madre tierra», asociándola a los cultos de deidades telúricas en oposición de las celestes. Explica, además, su profundo arraigo e intensa vitalidad, intrínseca a una relegada cosmovisión andina, similar a otras naciones vecinas. En este sentido, hace referencia al animismo serrano que nutrirá la fe católica impuesta de manera más o menos explícita, sin olvidar que el culto de la *Pachamama* llegó a ser prohibido por los colonizadores. Retoma, asimismo, varias observaciones hechas por el etnólogo José María Arguedas, autor imprescindible del *mundo andino* para el que «nada es inerte». Además, explica que si tenemos que acercarnos a ese sincretismo, tenemos que analizar el significado del culto de la «Madre tierra», sobre todo, a nivel simbólico ya que incorpora el vínculo cosmogónico con el alma de los hombres que habitan la región andina y que les vinculan a los animales, plantas, montañas y piedras, así como a los ríos y lagos unidos al dominio sagrado del agua.

Tras el análisis de la evolución del culto de la *Pachamama* o las ofrendas a los *Wamanis*, a través del estudio de varias crónicas, Salazar llega a la época moderna y explica algunos ejemplos contemporáneos tomados de su experiencia de campo: ceremonias de pago y ofrendas a la Tierra, materializadas en fiestas y celebraciones, aunadas a los cultos de santos y vírgenes. Un testimonio de la supervivencia y rebeldía de las creencias precolombinas, paradójicamente facilitadas por una censura ejercida por el poder europeo que buscaba erradicarlas del territorio para influir en un «alma indígena» íntimamente ligada a la naturaleza y que se enfrentaba calladamente y con persistencia para defender las reivindicaciones indígenas.

De tal manera se estimuló el mecanismo sincrético y se integraron la veneración a la naturaleza con las nuevas y viejas creencias judeocristianas. Aparece, entonces, un fenómeno inédito de hibridación: la religión en posición hegemónica es absorbida por los colonizados que –consciente y tal vez inconscientemente– la ponen como máscara con el fin de resguardar su identidad,

haciendo creer a los opresores que habían ganado la guerra de la subordinación. Esto es lo que pasa a los quechuas durante la edad colonial y es igual a lo que sucede a los esclavos llegados de África y vendidos a las grandes haciendas en el siglo XVIII.

El ensayo de González lo profundiza en su interesante comunicación sobre el proceso de ciudadanización de los esclavos en Perú. Estos mediaron su participación en la guerra de independencia que recrudeció durante la primera mitad del siglo XIX. Su exposición consta de dos partes: la primera es una panorámica histórica del fenómeno de la esclavitud a través de la cual el autor pone en el contexto los procesos y motivos que empujaron a los esclavos a luchar juntos a sus amos criollos, convencidos de que la lucha los hubiera llevados a su libertad y a la abolición definitiva de la esclavitud, la cual se obtuvo solo en 1854. En la segunda parte, se pasa al examen de un documento específico que puede considerarse una etnografía *ante litteram* del fin del siglo XVIII en la que Hesperióphylo, un intelectual de origen italiano, escribe sobre las «cofradías de los negros».

González analiza esa relación e interpreta el cuadro revelador de las causas en las que se basan las cofradías en el escenario colonial, señalando también el pronunciado etnocentrismo del tiempo. Por eso, las cofradías son grupos de matriz católica, entre las cuales regían significativas jerarquías sociales, heredadas de los lugares de procedencia los esclavos. Solo por medio de las cofradías, ellos podían redimirse de la condición de no-existencia en la cual vivían, fundada en una esclavitud que permitía a los amos tratarlos como «fardos de mercancías y jumentos». En efecto, consiguen recuperar la linfa vital gracias a la preparación de ocasiones de vida en común, a través de las cuales se daban un obligado encuadre militar, similar al de su participación en las batallas de la Independencia. En esas ocasiones, los esclavos dejaban de ser mercancías y volvían a lo que antes habían sido: gente común o de noble ascendencia y, en algunos casos, hasta reyes y reinas. Fomentando la religión católica, ellos impulsan un mecanismo híbrido que consiente la fusión con los antiguos ritos africanos cuya presencia recrea otras fuerzas, no siempre arraigadas en los orígenes.

Es interesante resaltar que González inserta el análisis de este documento en el contexto de un discurso sobre la voluntad de los esclavos de adquirir una propia identidad social, orientándose hacia la recuperación –aunque parcial– de la que habían perdido, en razón de la voluntad de convertirse en ciudadanos libres de un estado autónomo. Un factor importante de las cofradías corresponde a la doble ventaja conseguida por los *hermanos*, dada la específica asimilación de las creencias cristianas. Ello significará la apropiación de la «religión de los amos» y los acercaría a la meta en el largo y complejo camino de la ciudadanización que ardorosamente habían empezado.

Puede hacerse una afirmación análoga entre los pueblos quechuas en lo que respecta al culto de la *Pachamama*, cuyas prácticas rituales ligadas al cristianismo

fueron útiles entre quienes optaron por enmascararlas, lo cual supuso mezclas y procesos atrincherados en sus respectivos universos culturales. No obstante, se necesita decir que este acercamiento al catolicismo para proteger esas tradiciones terminó siendo un punto de partida clave, a pesar de la extirpación. Es decir, ayudaron a los indígenas a resistir con aparentes actos de sumisión a la hegemonía impuesta por los conquistadores que, a través de un sutil y complejo entorno conciliador, les permitiría, en un segundo momento, no solo fusionar la vieja y la nueva cultura sino de «convertirlas» por medio de la transculturación.

Esto es lo que nos enseña cada uno de los mensajes contenidos en los documentados ensayos afrocaribeños, mesoamericanos y andinos de la antología. Suponemos que cada uno rememora el pensamiento arguediano que repetía que «la cultura es un patrimonio difícil de colonizar», es decir, un pretexto crítico al intercambio cultural asimilador. A la historia socioeconómica y a tales procesos sincréticos, la antología nos traslada con eficacia y detalle, explicándonos el modo en el que los sincretismos se expresan y nacen y el porqué se hacen desiguales, no solo por contener disímiles elementos que se funden, si bien sean originales y únicos en su género. Un objeto que, si se mira con atención, indica fenómenos religiosos densos y complejos y, al mismo tiempo, una materia organizada por elementos multiformes que apenas se perciben sin reconstruir los conflictos que los generaron.

Marta Scagnoli